Capítulo 3 — El Dios de la Muerte en Blanco — La Última Orellen

El dios de la muerte en blanco

La llegada de una duendecilla al Primer Mundo no fue sutil en absoluto.

Lutcha, con una sola ala, atravesó el portal que Megimon reforzaba con casi toda su fuerza, y un estruendo como de trueno resonó en el desierto. La magia atmosférica vibró como un gong golpeado.

Las plantas escuálidas y los tristes juncos que rodeaban el pequeño riachuelo se marchitaron, se incendiaron o florecieron de forma impredecible, dependiendo del hilo aleatorio de la corrupción de la duendecilla que los tocara primero. En sus madrigueras, los lagartos brillantes se retorcían. Uno gritó con espinas que brotaron de su espalda. Otro cayó de costado, sacudiéndose convulsamente.

—Bueno, bueno —estiró Lutcha sus brazos delgados sobre su cabeza—. Sus ojos facetados reflejaban el sol brillante—. Esto es algo nuevo.

—Es algo temporal —exclamó Megimon con rapidez—. Estamos en medio de la nada, pero este mundo no necesita que tú permanezcas mucho tiempo en él.

—Aquí es muy... agradable —dijo Lutcha, arqueándose como un gato y temblando de placer—. Pensaba que el Primer Mundo casi no tenía magia, pero este lugar sin duda supera a nuestro pantano. Qué agradable caos.

—Eh... Creo que estamos sobre un punto de convergencia no mapeado. La mayor parte del mundo no es así.

La duendecilla resopló. —Estúpido humano —dijo con cariño—. Esto no es un punto de convergencia.

“Sea cual sea el caso, te llamé aquí para pedir tu ayuda. Si puedes.” Megimon señaló la forma retorcida del niño a sus pies. La respiración del niño era superficial y demasiado rápida en ese momento. Parecía incapaz de emitir algo que se asemejara a una palabra.

Lutcha se acercó más y se inclinó con curiosidad sobre el niño, su cabello verde oscuro rozando su piel.

“Está muriendo,” informó. “De manera terrible.”

“Lo noté,” dijo Megimon. “¿Puedes hacer algo por él? Sé que no es exactamente tu ámbito, pero…”

Lutcha olfateó al niño. Luego, inclinó la cabeza, y una sonrisa inquietante se extendió en su rostro. “Silufo.”

“¿Qué?”

“Un ser aéreo. Un espíritu del viento. Uno intentó nacer a través de este pequeño humano. Sus canales de maná son fascinantes.”

“¿Está poseído por un demonio?” dijo Megimon, sorprendido.

“¡No, tonto! ¿No dije que el espíritu intentó engendrarse a sí mismo? No tuvo éxito.” Ella hizo un gesto desdeñoso. “De todos modos, los demonios verdaderos se ofenderían al escuchar que clasificas a un silfo entre ellos. Es como confundir la chispa de un pedernal con un rayo.”

Megimon había escaneado la aldea con su magia. Las ruinas estaban llenas de cadáveres, despojos reducidos a huesos. “Todos los que vivieron aquí están muertos,” le dijo a la duendecilla. “Pensé que quizás la plaga devoradora había cruzado el continente para llegar a este lugar, y que los habitantes no tenían ninguna inmunidad a ella. Pero supongo que esto lo explica mejor.”

Los seres superiores a veces lograban abrirse paso en este plano. Megimon tenía claro eso, aunque no entendía cómo la nada más allá del tercer mundo podía desarrollar espontáneamente una voluntad y convertirse en algo más. El pensamiento era demasiado extraño para imaginarlo por mucho tiempo, incluso para un hechicero.

Históricamente, una catástrofe era el resultado de tal intrusión en el primer mundo. Seres como los silfos necesitaban consumir vastas cantidades de vida y magia para desarrollarse por completo. Comarcas enteras.

Pero gracias al pequeño tamaño de esta aldea, a la escasa presencia de maná en el Erberen y a la ausencia incluso de vegetación significativa… bueno, esto fue una calamidad que murió antes de nacer.

Escuchó a Lutcha reírse entre dientes y miró hacia abajo para ver cómo el duende examinaba el pecho del niño moribundo. “Algunas de sus vías se han reventado. Mágicamente, por dentro está convertido en masa viscosa. En realidad, varias otras partes importantes también son así. Es un veneno muy dañino que lo está matando. Deberíamos obtener una muestra para llevarla con nosotros. Esto sería útil incluso en nuestro mundo.”

“Te llamé aquí para que me ayudaras con el niño, Lutcha. No para atormentarlo ni para recolectar venenos exóticos.”

El duende tocó al niño varias veces más, luego se levantó. “Supongo que es el alma que la Disca te envió a buscar, ¿verdad? Porque no huelo otras almas por aquí.”

“Alguien arrojó la Disca al estanque de los pezvoladores,” dijo Megimon con una mirada enojada. “¿Y si no puedo arreglar esa maldita cosa?”

“¿Está rota?” Pareció sorprendida la duende. “No la lancé muy fuerte.”

“Obviamente hiciste algo para ella. No está diseñada para encontrar niños vivos.”

“Te vi ajustándola. Está configurada para localizar almas de cierta edad con una solidez extraordinaria en el plano, poca percepción del yo y destinos moderadamente anómalos,” explicó Lutcha, marcando los requisitos con sus dedos articulados. “No la ajustaste específicamente para detectar almas que ya se han separado de sus cuerpos. Es solo que el alma humana no comienza a perder su sentido del yo hasta que el cuerpo muere. En circunstancias normales.”

Una iluminación atravesó a Megimon. “¿Quieres decir que la silfa que intenta atravesar debe haber…”

“Sí. El alma del niño ya no está en condiciones óptimas. Está en movimiento, casi como si ya hubiera fallecido. Lo sorprendente es que la Disca no nos alertó de él hace meses, cuando ocurrió esto por primera vez. Debe ser por el componente del destino. Quizá se suponía que debía seguir vivo, pero ahora que su estado se ha vuelto viscoso, está reportando la anomalía.”

Pobre niño,” pensó Megimon. “Había estado en medio de esa catástrofe que sin duda acabó con todos sus conocidos. Cuando Lutcha lo sane, lo llevaré a alguna de las iglesias de Parneda.”

Las iglesias del santo herrero eran conocidas por su compasión hacia quienes sufrían traumas mentales. Sin duda, estaban muy superpobladas en ese momento, con la plaga que azotaba el Sur cada dos años y las batallas entre las familias más poderosas que se libraban al norte y al este. Pero Megimon haría que su familia hiciera una donación generosa para que el niño pudiera crecer en relativa comodidad.

Por supuesto, eso dependía de que lograran sanarlo en primer lugar.

“Ahora que ya no estás tan fascinado por el pobre muchacho, Lutcha, ¿me ayudarás?”

Ella negó con la cabeza y suspiró. “Honestamente, no puedo creer que arriesgaras contaminar el mundo solo para llamarme aquí por esto, Megimon Orellen. Eres realmente el practicante más tonto que he conocido. ¿No podrías habértelo arreglado tú solo?”

“Claramente no,” respondió con rigidez. Lutcha sabía que él no era sanador. Sabía que era inútil para cualquier hechizo fuera del conjunto restringido de habilidades que había perfeccionado durante toda su vida. Ella no necesitaba recordárselo.

“Bueno, entonces me encargaré yo de ello,” dijo ella. “Mientras la próxima vez me compres un té mejor cuando vayas de compras.”

Megimon asintió.

El duende bajó la mano y, con sorprendente suavidad, apartó el cabello oscuro del rostro del niño. “Pequeño humano,” dijo. “¿Puedes oírme?”

Ella le estaba imbuyendo un poco de su magia para fortalecer y estabilizar lo que quedaba de su mente. Sus párpados parpadeaban lentamente, revelando unos ojos de un azul muy pálido.

Megimon le regaló una sonrisa de ánimo.

Elph empezó a llorar.

Finalmente, finalmente.

El dios de la muerte estaba aquí, vistiendo las largas túnicas blancas que siempre llevaba en las historias. En su mano, sostenía un gran círculo de metal dorado con extrañas símbolos grabados en él. No parecía las hojas doradas que Elph había imaginado, pero eso estaba bien. El dios había llegado.

Otra cara—pequeña y verde con ojos aterradores—estaba muy cerca de la suya.

El dios lagarto. Sin duda, ella tenía que ser. Ambos habían llegado del Monte Sayar juntos.

“Por favor,” susurró, apenas más que un murmullo. “Por favor. ¿Se ha terminado?”

“Pronto estarás fuera del dolor,” dijo el dios de la muerte. “Lutcha te ayudará.”

Él estaba… sonriendo. Era una sonrisa amable. Entonces, no se enojaba con Elph. Eso era bueno.

“No maté a ninguno de tus hijos,” susurró Elph a la mujer lagarto. “Lamento haberles quitado sus colas, pero tuve cuidado de no matarlos.”

La pequeña diosa verde inclinó la cabeza, luego soltó un encogido de hombros. “Gracias, supongo. Oye, ¿hay algo que desearías haber cambiado en tu vida?”

“Mi familia. Ojalá no hubiera... Ojalá todavía estuvieran...”

“Claro,” dijo la diosa lagarto. “Pero eso está bastante fuera de alcance. Quise decir más bien: ¿alguna vez deseaste ser pelirrojo? ¿O que tus dientes delanteros fueran más grandes? ¿O haber nacido mujer en lugar de hombre?”

“Lutcha, deja de molestar a la criatura,” dijo el dios de la muerte, con molestia en la voz.

Elph no entendía en absoluto, pero seguramente estaba mal no responder de alguna forma a la diosa lagarto. “Soy un chico,” afirmó. “Y no me importa mucho lo de mis dientes.”

El rostro verde del dios parecía aburrido. Eso no era bueno. No podía arriesgarse a enfadar a un ser así.

“Fanna... mi hermana. Ella tenía rizos. Nadie más en la aldea los tenía. Cuando éramos pequeños, sentí mucha envidia,” esperaba que eso fuera suficientemente interesante. Sabía que su mente no funcionaba muy bien en ese momento. Sus pensamientos parecían más lentos y dispersos de lo que deberían.

Sus dedos le acariciaron la mejilla. Ella no lo trataba con dureza, pero los músculos de su cara aún se contrayaban. Gimió suavemente.

“No podemos dejarlo así más tiempo,” dijo el dios de la muerte en una voz apagada. “Ha sufrido suficiente.”

“Estoy de acuerdo.” Los dedos verdes bajaron más. “Niño que casi te conviertes en un silfo, búscame si alguna vez asciendes al próximo mundo. Nos emborracheremos juntos. Incluso pagaré la primera ronda.”

Luego, con una fuerza terrible que no tenía sentido dado su tamaño, el dios lagarto rompió el cuello de Elph.

Megimon rugió con sorpresa. “¡Lutcha! ¡No!”

“¿Qué?” dijo el duende, frunciendo el ceño por encima del hombro. “¿Querías que lo hiciera de otra manera? Un cuello roto me pareció bastante eficiente. Y además, le dije cosas amables antes.”

El hechicero la miró con los brazos colgando sin fuerza a los lados. “Te llamé para curarlo,” dijo. “Pero tú… tú simplemente… mataste…”

La boca del duende hizo un “O” de sorpresa. Luego, se rió. “¡Vaya! Supe que solo eras una blanda, muy sensible para extraer el alma tú misma. Malinterpreté la situación.”

“Malinterpreté...”

Se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza. “La próxima vez preguntaré primero. Pero en serio, si quieres que las personas hagan algo ridículo, que tome mucho tiempo y probablemente sea imposible, tienes que decírselo, Megimon. ¿Cómo iba a saber que preferías un milagro en lugar de una solución práctica?”

Seguía abierta en shock, con la boca todavía en forma de sorpresa.

“Si lo piensas bien, en realidad no lo maté. Solo lo ayudo a conseguir un cuerpo nuevo, ya que no disfrutaba mucho con el viejo,” dijo ella, juntando las manos y sonriendo al niño muerto. “Ahora succiona su alma, mete esa botella y entrégasela a tus locos descendientes.”

Hizo una pausa, luego añadió: “Y recuerda a los guardianes de la cripta lo del cabello rizado. Probablemente su próxima vida sea aún más corta que esta, considerando todo. Al menos debería

obtener algo agradable de ello.”

Revisión #1
Creado 20 abril 2026 04:35:53 por Alice Johnson
Actualizado 20 abril 2026 04:35:56 por Alice Johnson